





Charles.
Darwin





Charles.
Darwin

Jean-Nöel Mouret

Traducción de Claudia Lipovesky

A large, light gray circular logo containing a white, stylized letter 'A' is centered on the page. The 'A' is a simple, bold, sans-serif font.

Mouret, Jean-Nöel

Charles Darwin. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires. : El Ateneo, 2016.
288 p. ; 23x16 cm.

Traducido por: Claudia Lipovesky
ISBN 978-950-02-0863-5

1. Darwin Charles. Biografía. I. Lipovesky, Claudia, trad. II. Título
CDD 921

Charles Darwin

Título original: *Darwin*

Autor: Jean-Nöel Mouret

© Editions Gallimard 2014

Traductora: Claudia Lipovesky

Diseño de tapa: Eduardo Ruiz

Derechos exclusivos de edición en castellano para América latina y los EE. UU.
Prohibida la venta en España

© Grupo ILHSA S. A. para su sello Editorial El Ateneo, 2016

Patagones 2463 - (C1282ACA) Buenos Aires - Argentina

Tel: (54 11) 4943 8200 - Fax: (54 11) 4308 4199

editorial@elateneo.com - www.editorialelateneo.com.ar

1ª edición: mayo de 2016

ISBN 978-950-02-0863-5

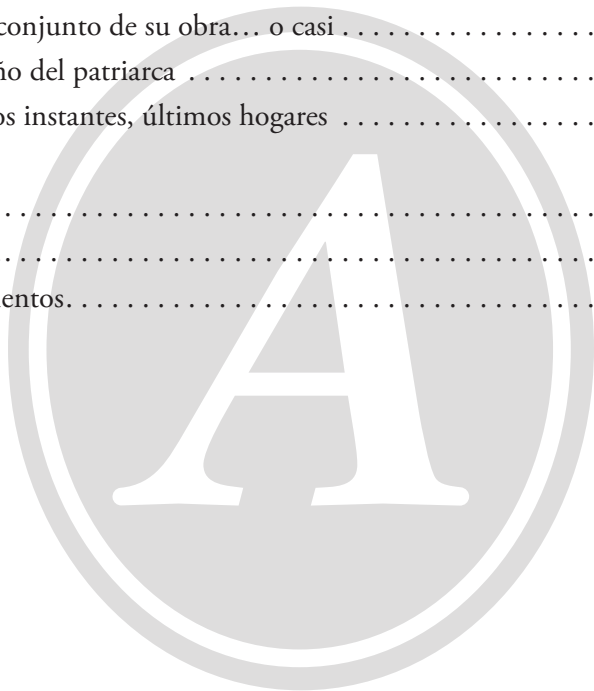
Impreso en El Ateneo Grupo Impresor S. A.,
Comandante Spurr 631, Avellaneda,
provincia de Buenos Aires,
en mayo de 2016.

Queda hecho el depósito que establece la ley 11.723.
Libro de edición argentina.

Índice

Prólogo.	9
<i>Formación. 1809-1831</i>	13
El cromosoma del inconformismo	15
El alumno distraído	27
Médico a regañadientes	39
Teólogo por defecto	51
El naturalista sale del bosque	71
La gran evasión	85
<i>Exploración. 1832-1836</i>	99
Al encuentro de Neptuno	101
Cabo de las tempestades	113
El explorador y el dictador	125
Una vida de patagón	131
En la espalda del dragón	139
Regreso por las antípodas	149
<i>Reflexión. 1837-1859</i>	161
Convertirse en alguien	163
El tiempo de los honores	175
Domicilio conyugal	189
La casa de la felicidad	199

En manos de los charlatanes	209
La bomba que vino de Borneo.	217
<i>Consagración. 1860-1882.</i>	225
En el ojo del ciclón	227
“Toda ballena tiene sus piojos”	239
Ni Dios ni Marx	247
Por el conjunto de su obra... o casi	253
El otoño del patriarca	261
Últimos instantes, últimos hogares	271
Epílogo.	277
Cronología.	279
Agradecimientos.	287



Prólogo

SUICIDIO EN PUERTO DEL HAMBRE

1° de agosto de 1828. En el corazón del invierno austral, un día glacial reina en la bahía de Puerto del Hambre, en medio de la soledad del estrecho de Magallanes. Los mástiles del *Beagle* y el *Adventure*, los dos barcos de Su Graciosa Majestad en misión hidrográfica, apenas se adivinan en la semioscuridad. A pesar de la atmósfera sombría, las tripulaciones, enfermas de escorbuto y agotadas por las tormentas, aprecian la calma de estas aguas bien protegidas y la carne fresca de guanaco. Gracias al tercer barco de la flota, el *Adelaide*, se proveyeron con abundancia, por intermedio de los indios patagones de Pecket Harbour.

De pronto, un disparo rasga el silencio y las aves se dispersan aterrorizadas. Rápidamente, una canoa surca la bahía para propagar la mala noticia: el capitán del *Beagle*, Pringle Stokes, recluido en su cabina y hundido en la depresión desde hace unas semanas, acaba de dispararse un tiro en la cabeza. Alertados, los cirujanos del *Beagle* y del *Adventure* corren en vano para salvarlo: Stokes, mal tirador, falló, pero el proyectil no puede ser extirpado de su cerebro. Durante cuatro días, el infortunado delirará; su espíritu rondará por los episodios más dramáticos de su navegación reviviendo los momentos cercanos a la catástrofe. En los días siguientes, su estado parece mejorar, al punto que Stokes imagina (aunque es el único) que se recuperará. Luego, se declara

la gangrena en los tejidos cerebrales y, después de un largo período de terribles dolores, el desdichado expira en la mañana del 12 de agosto. Trasladarán sus restos a tierra para sepultarlo con los honores debidos a su rango. Philip Parker King, comandante de la misión hidrográfica, anota en su bitácora:

Así es como perece, en la flor de la edad, de un modo tan terrible como prematuro, uno de los oficiales más enérgicos, activos e inteligentes. Las duras pruebas que atravesó la expedición, el tiempo espantoso y los peligros mortales a los que los hombres estaban sometidos de manera permanente, habían provocado, como lo supe después, una ansiedad tan intensa, que él presentaba problemas mentales que hacían temer las peores consecuencias.

Después de la muerte de Stokes, su segundo, el teniente naval Skyring, toma el mando del *Beagle* e ingresa en Montevideo para reparar y reequipar el navío una vez más, a fin de retomar sus exploraciones. El *Beagle* pasa el 15 de diciembre bajo el comando de un oficial de marina de veintitrés años, Robert Fitz Roy. Cuando regresa a Inglaterra, el 14 de octubre de 1830, al término de la misión del *Beagle*, este refinado aristócrata está íntimamente convencido de dos cosas: la primera, que el encontrarse como “único amo a bordo, después de Dios” lo sumergió en un estado de soledad apenas soportable; la segunda, que la depresión que atacó a Pringle Stokes bien podría apoderarse de él y conducirlo al tan temido y tentador suicidio. Incluso, en su propia familia hay antecedentes; su tío, el diplomático y hombre de Estado, lord Castlereagh, se cortó la garganta en una crisis de locura, en 1822.

Para su próxima expedición, prevista para fines de 1831, Fitz Roy está muy decidido a conseguir un compañero de viaje culto, cuyas presencia y conversación lo ayuden a remontar la soledad del mando. En agosto de 1831, se lanza a la búsqueda del espécimen que quisiera lanzarse a una circunnavegación de por lo menos dos años, en los mares más inhóspitos del planeta. Este inconsciente se llamará Charles Darwin, joven diletante y afortunado, así como naturalista aficionado casi desconocido. De hecho, la expedición durará cerca de cinco años; de las notas y observaciones acumuladas por Darwin, surgirá una nueva visión sobre el funcionamiento de la naturaleza.

Así, según la lógica del “efecto mariposa”, una bala torpemente disparada en las soledades de la Patagonia en 1828 desencadena, treinta años más tarde, una revolución intelectual. Los “viejos carteles indicadores de la ciencia”, emplazados desde hace siglos, serán derribados por el darwinismo, este nuevo marco conceptual que trastornará las ciencias de la vida y agitará el mundo científico y filosófico.



Formación

1809-1831





El cromosoma del inconformismo

The Mount, la casa natal de Charles Darwin en Shrewsbury, presenta al visitante un rostro más bien austero. Esta construcción de ladrillos rojos, imponente, enorme, se parece bastante a aquel que la hizo edificar en 1790, el médico y hombre de negocios Robert Darwin, “el hombre más corpulento que jamás conocí”, según su hijo. En efecto, el personaje, que se imponía con su metro ochenta y ocho y sus ciento cincuenta kilos, cuando visitaba a un paciente, enviaba delante de él a su cochero, también enorme, para reforzar los estribos de sus coches, que consideraba demasiado frágiles para soportarlo.

Robert Darwin no era un simple médico de provincia, sino una personalidad reconocida que, en pocos años, había amasado una verdadera fortuna. Su matrimonio contribuyó aún más a aumentar su prosperidad: se casó con Susannah Wedgwood, hija de Josiah Wedgwood, el fundador de la gran fábrica de cerámicas del mismo nombre. En una época en que los matrimonios eran, si no arreglados desde la infancia, al menos fuertemente sometidos a las buenas relaciones entre las familias, para comprender cómo una hija de la élite manufacturera pudo casarse con un miembro de una profesión liberal, hay que remontarse al encuentro de dos fuertes personalidades de la generación anterior: Josiah Wedgwood, padre de Susannah, y Erasmus Darwin, padre de Robert.

Erasmus Darwin parece un personaje del Renacimiento perdido en el Siglo de las Luces. Descendía de una antigua familia de Lincolnshire, cuyo primer ancestro identificado era William Darwin, que vivió hacia 1500 en Marton, cerca de Gainsborough. De esta dinastía de pequeña nobleza de provincia nació, en 1682, un tal Robert Darwin (1682-1754), el primero de los descendientes en mostrar un vivo interés por la ciencia. Así, un artículo de la revista *Philosophical Transaction*, de abril-mayo de 1719, da cuenta de sus observaciones sobre un importante fósil, “el esqueleto casi completo de un gran animal”, descubierto por el pastor de Elston, “del que, hasta el presente, nunca se observó uno similar en esta isla, que yo sepa”.

De los cuatro hijos de Robert Darwin, el primogénito, Robert Waring Darwin (1724-1816), quedará soltero y consagrará su larga vida a la poesía y a la botánica. Es el autor de *Principia Botanica*, que contiene numerosas reflexiones originales en el campo de la biología, un verdadero éxito entre el público culto. El benjamín no es otro que Erasmus, nacido el 12 de diciembre de 1731 en la mansión de Elston Hall. Muy pronto, da pruebas de originalidad, de curiosidad y de una gran independencia de espíritu, como recuerda su hermano, Robert Waring:

A Erasmus siempre le gustó la poesía. Pero era igualmente apasionado por la mecánica. Recuerdo que, siendo muy joven, había fabricado un sistema de alarma muy ingenioso para su reloj; también realizaba experiencias sencillas con la electricidad, utilizando una botella en un aparato rústico que había inventado él mismo.

Después de estudiar Letras Clásicas y Matemática en el St. John's College, en Cambridge, este espíritu curioso partió a estudiar Medicina a Edimburgo en el otoño de 1754. En septiembre de 1756, se instaló como médico en Nottingham. A falta de pacientes, consagraba su tiempo a discutir con sus amigos, por correspondencia, de filosofía, de electricidad, de estenografía... Sin embargo, cansado de este ocio forzado, abandonó Nottingham rumbo a Lichfield. Esta vez, el éxito acudiría a la cita: salvó a un hombre joven cuyo caso parecía desesperante, y la prensa local se apropió de ese "milagro". Entonces, pudo pensar en establecerse y en casarse. Así, al año siguiente, en diciembre de 1757, contrajo matrimonio con la joven Mary Howard, de apenas dieciocho años, a la que, afectuosamente, llamaba "Polly". Las cartas que él le enviaba, tiernas y cómicas, muestran a un hombre sinceramente enamorado, que se preocupa mucho más por encontrar una compañía que un ama de casa. De todos modos, a pesar de que Erasmus Darwin se mostró enamorado a lo largo de su vida, se lo probaría a cada mujer, multiplicando los hijos legítimos y extramatrimoniales.

Polly le dio cinco hijos, de los que sobrevivieron tres: Charles Darwin, nacido en 1758; Erasmus II Darwin, nacido en 1759, y Robert Waring Darwing, nacido en 1766, futuro padre de Charles Darwin. Pero a fines de 1760, después de trece años de matrimonio aparentemente feliz, la salud de Polly se deterioró. El padre de Erasmus había advertido a sus hijos acerca del libertinaje, en una cuarteta irónica: "De una mañana que brilla, / de un muchacho que bebe vino, / de una mujer que habla latín, / ¡líbrame, Señor!". La mujer de Erasmus no hablaba latín, pero sí bebía... no vino, sino ginebra: su embriaguez la precipitó a la tumba en 1770.

Como Erasmus no apreciaba la soltería, muy pronto se interesó en una tal Lucy Swift, una mujer casada, que daría a luz a una pequeña Lucy, cuyo verdadero padre parecía ser él... Luego se volcó hacia la niñera encargada de ocuparse del pequeño Robert, que tenía apenas cuatro años a la muerte de su madre. Mary Parker era joven, fresca y receptiva: pronto, Erasmus y ella tendrían dos hijas, criadas con los otros niños Darwin, presentes y futuros.

Con casi cincuenta años, entorpecido por una rótula rota, obeso y desfigurado por la viruela, Erasmus se enamoró como un colegial de Elizabeth Chandos-Pole –a quien no cesaba de enviar poemas encendidos–, la aristócrata y deslumbrante esposa del coronel Pole, héroe de la batalla de Minden. Contra todo pronóstico, los sentimientos fueron correspondidos: el coronel falleció el 26 de noviembre de 1780, y su viuda se casó con Erasmus el 6 de marzo de 1781. A pesar de los dieciséis años de diferencia entre ambos, este segundo matrimonio resultaría por lo menos tan feliz como el primero, y vería nacer a siete hijos. La última, en 1790; Erasmus, que siempre mantuvo las más afectuosas relaciones con sus múltiples hijos, los mimaría hasta el fin de sus días, que sobrevino súbitamente el 18 de abril de 1802.

No obstante, Erasmus no podría reducirse a este personaje tan peculiar. Su doble formación de médico y filósofo, su curiosidad siempre despierta, su capacidad para la observación y la reflexión analítica dieron nacimiento a un pensamiento libre y original, desprovisto de dogmas. Así, con apenas veintitrés años, explica en una carta:

Que exista un Ser Supremo que está en el origen de estas maravillosas criaturas es una demostración matemática. Que él

influya sobre el curso de las cosas, a través de una providencia particular, no es tan evidente. Según mis ideas, es probable que sea lo contrario, ya que las leyes generales parecen suficientes para arribar a esa conclusión. ¿Podemos decir que no se necesita providencia particular alguna para hacer girar este planeta alrededor del Sol, afirmando la necesidad de hacer salir el cinco y el catorce, cuando se agitan los dados en un cubilete? ¿O para darle a cada uno su pan de cada día? Las luces de la Naturaleza no nos dan un solo argumento a favor de un estado futuro; este es el único que es posible con Dios, a partir del momento en que el que nos hizo de la nada seguramente puede volver a crearnos; y nos esperamos, humildemente, en que eso es lo que hará.

En una palabra, Erasmus quiere admitir la existencia de un Creador original, pero recusa toda influencia directa en la evolución de la naturaleza y, *a fortiori*, en nuestra vida diaria. Ello equivale a negarles a las instituciones todo poder como intermediarias entre los hombres y Dios. Aunque nunca se declaró ateo y, por el contrario, publicó una “Oda sobre la insensatez del ateísmo”, su escepticismo hacia las religiones y su desconfianza hacia los religiosos se agravaron con el tiempo. Le debemos estas palabras severas, en una carta a una mujer joven, demasiado piadosa, para su gusto: “En cuanto a la existencia de un dios, la existencia del alma o de otro mundo futuro, ¿quién puede estar seguro de cualquier cosa sobre estos temas? Tenga por muy cierto, querida señora, que no son más que espantapájaros de los que se sirven los hombres inteligentes para manipular a los imbéciles”. En otros tiempos, Erasmus habría sido quemado por hereje.

En el centro de sus múltiples trabajos y publicaciones se destacan los dos grandes volúmenes de *Zoonomia o las leyes de la vida*

orgánica, publicados en 1794 y 1796. En esta suma de conocimientos de patología, anatomía, psicología y fisiología del cuerpo humano, también aborda un tema que le interesa por sobre todos: la adaptación y la evolución de las especies. Así, observa:

Algunos pájaros, como los loros, adquirieron un pico más duro para romper las nueces; otros, como los gorriones, picos adaptados para romper las semillas aún más duras; otros, como los pinzones, cuentan con uno para extraer las semillas tiernas de las flores o las yemas de los árboles. Otros pájaros, como la perdiz, tienen un pico largo, para penetrar en las tierras húmedas y allí buscar insectos y raíces; otros, finalmente, tienen picos anchos, para atrapar insectos acuáticos en el líquido en el que nadan; esos son los patos. Todos esos recursos parecen haber sido adquiridos gradualmente, durante una larga serie de generaciones, por los esfuerzos continuos de esos animales en procurarse su alimento, y parecen haber sido transmitidos a sus descendientes con un mejoramiento constante de esas partes, a efectos de alcanzar el objetivo deseado.

O, finalmente, en conclusión:

Meditando, así, sobre el gran parecido de la estructura de los animales de sangre caliente y, al mismo tiempo, sobre los grandes cambios que sufren antes y después de su nacimiento; y considerando en qué pequeño lapso se operan muchos de esos cambios en los animales arriba descritos, ¿será una temeridad imaginar que, en la larga serie de siglos que transcurrieron desde la creación del mundo, quizá varios millones de siglos antes de la historia del género humano, será una temeridad imaginar que

todos los animales de sangre caliente provienen de un filamento viviente, que la gran causa primera dotó de la animalidad con la facultad de adquirir nuevas partes, acompañadas de nuevas inclinaciones, dirigidas por excitaciones, sensaciones, predisposiciones y asociaciones, y así poder continuar perfeccionándose, por su propia actividad congénita, y transmitir estos perfeccionamientos de generación en generación, a su posteridad y por los siglos de los siglos?

¿Hace falta agregar que llegaría el día en que las observaciones y las preguntas de Erasmus encontrarían un poderoso eco en la elaboración del pensamiento de su nieto Charles?

Frente a este Erasmus Darwin pintoresco, Josiah Wedgwood parece casi desvaído, aunque se encuentre entre los mayores industriales de la región de Birmingham, y a pesar de que sus preocupaciones intelectuales sean tan vastas como las de Erasmus, aunque menos especulativas.

Nacido en 1730, en el seno de una familia de alfareros de Stoke-on-Trent, comenzó su aprendizaje a los nueve años. En la adolescencia, una enfermedad –probablemente, viruela– lo dejó con una debilidad en la rodilla derecha, lo que le impidió, de manera definitiva, accionar un torno de alfarero. Entonces, Josiah se consagró a la creación de nuevas formas de vasijas y al estudio de diversas técnicas de cerámica: barro cocido, gres, loza, porcelana, así como glaseado y esmaltado. En 1754 se asoció con el maestro alfarero Thomas Whieldon y cambió de escala: fundó la Compañía Wedgwood y pasó del estado artesanal a la producción industrial. A partir de 1760 se asoció también con el fabricante de porcelanas Thomas Bentley y se impuso rápidamente como proveedor de las cortes reales e imperiales de Europa. Para

responder a la demanda, en 1769 se instaló en una fábrica construida según su proyecto, llamada Etruria, en homenaje al talento de los alfareros etruscos, que permanecería activa durante ciento ochenta años.

Mucho más que un sitio industrial, Etruria reúne todas las funciones de la ciudad utópica del siglo XVIII: propiedad para la familia Wedgwood, viviendas para los trabajadores, escuelas para los niños... Igualmente preocupado por el buen servicio de sus empresas, Josiah invirtió en infraestructuras de transporte, participó en el mejoramiento de las rutas y, sobre todo, sostuvo, sin reserva, el proyecto de un canal entre los ríos Trent y Mersey, naturalmente, con la condición de que pasara más cerca de sus talleres. En esa ocasión, conoció a Erasmus, quien se interesaba, entre miles de otros temas, en los elevadores de buques sobre los canales que el proyecto Trent y Mersey consideraba.

La amistad entre los dos hombres fue inquebrantable. A partir de 1760, se encontraban en un club muy cerrado, aunque bastante informal, el Lunar Circle (Círculo Lunar), cofundado por Erasmus, el industrial Matthew Boulton y el matemático Joseph Small, que reunía a las más eminentes personalidades de Birmingham. En 1775, el Lunar Circle se convirtió en la Lunar Society (Sociedad Lunar). Por cierto, este nombre no es inocente: según los estatutos del club, los miembros debían reunirse para cenas debate únicamente las noches de luna llena (según ellos, para que el trayecto de regreso estuviera más iluminado), por lo cual se autodenominaban “los lunáticos”. Era necesario un toque de locura para alabar las ideas demócratas y republicanas, al punto de saludar el éxito de la Revolución francesa, considerada como una abominación en Gran Bretaña; para oponer los derechos del hombre a las injusticias de la Providencia, reclamando, al pasar,

más igualdad; o, como Josiah Wedgwood, para militar por la abolición de la esclavitud.

Josiah fabricó un camafeo que representaba a un esclavo negro encadenado, en actitud de súplica, rodeado por la inscripción: *Am I Not a Man and a Brother?* (¿No soy un hombre y un hermano?). Este “medallón abolicionista”, pronto adoptado por la alta sociedad británica y norteamericana, tendría un éxito enorme, y Thomas Clarkson, el infatigable propagandista de la causa, se regocija: “Las damas lo llevaban en su pulsera; otras lo habían hecho montar en horquillas para el cabello. Por fin, el gusto por ostentarlo se generalizó, y así la moda, que en general solo se ocupa de baratijas sin interés, representó un papel muy honorable, en la defensa de una causa justa, de humanidad y de libertad”.

También en el terreno religioso, los dos hombres estaban cerca: Erasmus se declaraba librepensador y agnóstico; Josiah, unitario. Para esta rama radical del protestantismo, moderna heredera de la antigua herejía arriana, la Trinidad no existe; Jesucristo no es Dios; la interpretación de la Biblia es libre; el cristianismo es solo una religión entre otras; la libertad, la razón y la tolerancia constituyen valores tan importantes como la fe, la esperanza y la caridad.

La amistad entre Erasmus Darwin y Josiah Wedgwood no se limitaba a sus intereses intelectuales; a principios de 1770, el estado de la rodilla de Josiah se agravó, lo que obligó a la amputación de la pierna. En 1780, falleció su socio Thomas Bentley, y Thomas Whieldon se jubiló en el mismo período. Disminuido y solo, Josiah le pidió a Darwin que lo ayudara con la dirección de la empresa, esperando que sus hijos, John, nacido en 1766, y Josiah II, nacido en 1769, estuvieran en edad de retomar el negocio, lo que efectivamente ocurrió en 1793. De este acercamiento

entre los Darwin y los Wedgwood nacería el proyecto matrimonial entre la hija mayor de Josiah, Susannah, y el tercer hijo de Erasmus, Robert Waring, que se celebró en St. Marylebone, en Londres, el 18 de abril de 1796.

Sin embargo, las personalidades destacadas en la genealogía del futuro Charles no se limitan a estos dos abuelos, a los que, por otro lado, no conocerá vivos: Erasmus murió siete años antes de su llegada al mundo; Josiah estaba muerto desde 1795. Otros dos personajes, también desaparecidos antes de su nacimiento, influirían en su destino: el tío Thomas, hermano menor de su madre, y, sobre todo, el tío Charles, hermano mayor de su padre.

Thomas Wedgwood, nacido en 1771, muerto en forma prematura en 1805, nunca se interesó en la cerámica, ni tampoco en las mujeres; se dice que le atraían mucho los jóvenes sensibles y músicos. En cambio, se apasionó por una nueva técnica de obtención de imágenes: la fotografía. En 1790, logró captar fotogramas, utilizando papel o cuero blanco, con una capa de nitrato de plata. Para su desgracia, el “primer fotógrafo”, como se lo llama a veces, no logró encontrar la fórmula para fijar la imagen, pero sería recordado como uno de los pioneros de la fotografía. En la memoria de la familia, menos laudatoria, sin duda, “Tom” Wedgwood permanece como un ser depresivo y drogadicto. “Para aliviar su dolor de estómago”, afirma él, consumía cannabis, que a veces le pedía a su amigo, el poeta Samuel Taylor Coleridge, y sobre todo, opio, en cantidades tales, que su adicción acortaría sensiblemente su existencia.

Charles Darwin tuvo también un destino tan breve como trágico: brillante estudiante de Medicina en Edimburgo, fue víctima, en 1778, de un “accidente de trabajo”, tras un ligero corte que se produjo durante la disección de un cadáver:

Hacia fines de abril, el señor Darwin había consagrado la mayor parte de su día a disecar, con precisión, el cerebro de un niño muerto de hidrocefalia, al que había cuidado durante su vida. Esa misma noche, lo asaltaron severos dolores de cabeza. Sin embargo, eso no le impidió ir a la Sociedad Médica, donde habló con el doctor Duncan de la disección que acababa de hacer, y le prometió darle, al día siguiente, un informe detallado por escrito. Pero al día siguiente, se agregaron otros síntomas febriles a sus dolores de cabeza. Y en poco tiempo, se produjeron hemorragias, erupciones de petequias, diarreas fétidas, y su enfermedad manifestó una gran tendencia pútrida.

El infortunado moriría el 15 de mayo siguiente, a sus escasos diecinueve años, aparentemente atacado por una meningitis transmitida por su escalpelo infectado. El golpe fue terrible para Erasmus, que había ido a Edimburgo con urgencia, esperando poder administrarle un tratamiento de último recurso, pero no pudo más que cerrarle los ojos. En este hijo mayor depositaba las más grandes esperanzas, y lo veía como su sucesor en Lichfield. Intentó consolarse haciendo editar los trabajos de su hijo, con el fin de honrar su memoria.

Otro personaje fuera de serie, pero oculto por la memoria familiar, fue el tío Erasmus II. Hijo menor de Erasmus, este próspero hombre de ley, genealogista, numismático, apasionado por las estadísticas y probablemente neurótico obsesivo mostraba una curiosa disposición para resolver enigmas lógicos, pero sufría de procrastinación patológica. Poco antes de su muerte en 1799, a los cuarenta años, había decidido jubilarse, para “pársela durmiendo por el resto de sus días”. De hecho, se suicidó

algunas semanas más tarde, durante una crisis de demencia, ahogándose en el Derwent.

Ahora que las presentaciones están hechas; el decorado en su lugar; los hados –Erasmus y Josiah– dispuestos a inclinarse sobre la cuna; los cadáveres –Charles, Thomas y Erasmus II– bien sepultados, y el patrimonio genético del futuro recién nacido bien establecido, no le queda más a Charles Robert Darwin que lanzar el primer grito de la vida. Y así lo hizo el 12 de febrero de 1809, pero la historia no retuvo ni a qué hora ni en cuál de las catorce habitaciones del primer piso de The Mount.

